

Un apunte sobre los versos auriseculares de cabo roto

Arnulfo Herrera

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

[...] el hocico de tornillo, gestos a un lado y a otro, la capa caída, y acaso, acaso repartidas por el rostro dos o tres cicatrices, gloriosas reliquias de sendas cuchilladas, con todo lo cual, y con su chispeante ojo de cíclope, fácil es darse cuenta de que Alonsillo, lejos de ser dechado a propósito para pintar un Adonis, éralo, que ni buscado a moco de candil, para modelar una estatua de Polifemo.

Descripción de Alonso Álvarez de Soria. F. RODRÍGUEZ MARÍN.

SI EL POETA satírico Alonso Álvarez de Soria hubiera sido un hidalgo, no habría muerto ignominiosamente en la ene de palo, «colgado en el aire»,¹ sino degollado como les ocurría a los delinquentes que pertenecían a la nobleza y los alcanzaba la justicia. Con todo, era un hombre bienquisto en la capital hispalense por «las dotes de su ingenio», pero su oscuro origen (los maledicentes decían que tenía sangre judía y mora, y sí, su ascendencia era claramente semítica),² y la muerte de su padre que lo malcrió y nunca lo reconoció como hijo legítimo, fueron dos factores que se juntaron con su temple canallesco y su estampa (era tuerto) para enardecer su proterva inclinación a la vida picaresca. Murió ahorcado a la edad de treinta años, muy probablemente a finales de 1603, por una nimiedad (llamaba «Caga la Soga» al asistente de Sevilla, Bernardino González Delgadillo y Avellaneda); motivo que los biógrafos actuales suponen como un efugio pueril detrás del cual seguramente se escondía el rencor

¹ Archivo de la Catedral de Sevilla, Ms. Principios del siglo XVI. Transcrito por Bartolomé José Gallardo. *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*. Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneira, 1863. Vol. I, col. 286.

² Su padre provenía de una conocida familia de conversos. Su madre fue una esclava morisca como lo prueba el documento citado por Rico García: «Benito Díaz, vecino de la Ciudad de México, estante en Sevilla, vende a Luis Álvarez de Soria, vecino de Sevilla, en la collación de San Vicente, una esclava morisca, Benita, de dieciocho años, por precio de 1055 reales» (Archivo Histórico Provincial de Sevilla. Ofº 19; 1572; lib. 3º; fol. 44. 24 de mayo). Cfr. José Manuel Rico García, «Algunas incógnitas, precisiones e incertidumbres sobre la vida y muerte de Alonso Álvarez de Soria», p. 259. Ya lo había señalado Cristóbal Flores Aldrete, en uno de los feroces sonetos que intercambió con Alonso Álvarez en la cárcel de Sevilla: «Si dice que su madre no fue mora, / miente Alonsillo el tuerto, y no lo entiende, / y si su padre niega que descende / del pueblo ingrato que adoró la Tora». Francisco Rodríguez Marín, *El Loaysa de «El celoso extremeño»*, p. 186.

profundo del poderoso don Bernardino³ que no pudo aguantar la broma de haber sido equiparado con un mendigo loco que pedía limosna para san Zoilo.⁴ Lo cierto es que, entre los poemas nada malos de su invención que se han podido recuperar, están las coplas de versos hechos con cabo roto, una moda que se impuso entre los versificadores burlescos de los primeros años del siglo XVII.

También en este tema de los versos sin terminar o de cabo roto hay en sus orígenes una suposición histórica imposible y una duda razonable. La suposición se refiere al dicho de que, poco antes de morir, Álvarez de Soria envió a Rodrigo Calderón (ya para entonces firme privado del duque de Lerma) un papel con una de estas coplas de cabo roto en que le avisaba del mal fin

porque habiendo precedido algunas muertes,
castigos y prisiones de los privados del rey
Philipo III, presumió ó adivinó que podía ser lo
mismo por D. Rodrigo, como lo fué, y hubo la
muerte y castigo en ella que en Madrid se vido.
Don Rodrigo Caldero—
Saca el dinero del ca—
Mira el tiempo como pa—
Echa la barba en remo—⁵

Rodrigo Calderón sería ajusticiado en la Plaza Mayor de Madrid el 21 de octubre de 1621, este sí por degollamiento como noble que era. Es muy difícil que Álvarez de Soria pudiera hacer semejante profecía con una anticipación de casi dieciocho años. Aunque, mirándolo bien, el ambicioso don Rodrigo ya había conseguido los títulos de conde de La Oliva y marqués consorte de Siete Iglesias, y para 1602 estaba limpiando su sangre y andaba buscando hábitos para un tío de su mujer, para su hijo Francisco y para sí mismo, con lo cual es posible que Álvarez de Soria solo estuviera refiriéndose a los medros del Privado en aquellos primeros años del siglo XVII (que ya para entonces debieron ser escandalosos) y no a su sonado proceso final, poco

³ Era el «asistente» de Sevilla, es decir, el máximo representante de la Corona en la ciudad.

⁴ Bartolomé José Gallardo, vol. I, Col. 285.

⁵ Bartolomé José Gallardo, vol. I, Col. 286.

menos de dos décadas después, cuando había acumulado demasiados sujetos ofendidos, muchas envidias, odios plenamente justificados y fue acusado de asesinato, encerrado, residenciado y ejecutado.⁶

La duda razonable sobre los versos de cabo roto se refiere a la décima que compuso Alonso Álvarez de Soria con motivo del envío que hizo Lope desde Valladolid (donde a la sazón se encontraba la Corte) de *El Peregrino en su patria*. El libro fue impreso en Sevilla por Clemente Hidalgo en 1604, y la aprobación de Tomás Gracián está hecha en la capital vallisoletana y signada en noviembre de 1603. Las dudas giran en torno a lo apretado de las fechas en que estaban ocurriendo los sucesos: en esos cuatro meses del envío de Lope y la publicación de su libro, Álvarez de Soria se encontraba preso, y la ubicación del Fénix parecía oscilar entre Valencia, Sevilla, Valladolid, Toledo e incluso Madrid. Las explicaciones se pueden encontrar en las formas de operación de las imprentas que hoy nos son desconocidas y que les permitieron ver las obras en proceso a algunos personajes antes de salir de las prensas.⁷ También es posible argumentar que no se ha determinado nunca la fecha exacta de la ejecución de Álvarez de Soria. No es difícil, tampoco, que la noticia del envío de *El Peregrino* al influyente Juan de Arguijo haya tenido resonancia pública y que esta llegó hasta los oídos de Álvarez de Soria estando en la cárcel, fue entonces que escribió su famosa décima:

⁶ Hay abundante bibliografía sobre el caso. Para una referencia rápida, *Cfr.* Arnulfo Herrera, «En torno a una letrilla satírica de Góngora», pp. 247-258. El equívoco proviene del código rescatado por Gallardo, que no parece haber sido escrito a principios del siglo XVI, sino al menos después de la muerte de Rodrigo Calderón. Rodríguez Marín supone algo similar, aunque su hipótesis dejaría fuera a Alonso Álvarez como autor de la cuarteta: «Refiérese esta redondilla, quizás comienzo de una composición más larga, al tiempo (1606-1607) en que D. Pedro Franqueza y Alonso Ramírez de Prado, fueron reducidos a prisión por el tráfico que hacían de los destinos públicos [...]», Rodríguez Marín, *op. cit.*, p. 168.

⁷ El caso más notable es el de *La pícaro Justina* y el *Quijote*, ambas novelas publicadas en 1605, que contienen un gran número de alusiones mutuas.

Envió Lope de Ve—
al señor don Juan de Argui—
el libro del Peregri—
a que diga si está bue—
y es tan noble y tan discre—
que estando como está ma—
dice es otro Garcila—
en su traza y compostu—
mas luego entre sí quien du—
no diga que está bella—. ⁸

Francisco Rodríguez Marín tiene una explicación convincente respecto al envío que hizo Lope al prócer sevillano Juan de Arguijo y la décima que por ese motivo compuso Alonso Álvarez de Soria:

[...] como Lope, en son de consulta, hubiese enviado a don Juan de Arguijo, con quien tenía estrecha amistad, una copia manuscrita de cierto libro suyo intitulado *El Peregrino en su patria*, y el autor de los famosos sonetos le manifestó su harto benévola opinión en uno muy laudatorio (que en 1604 salió a la luz, entre otras poesías encomiásticas, en los preliminares de mencionada obra), o, lo que más creo, en una carta anterior, de que corrieran copias entre los curiosos, nuestro Alonso, enterado de ello, puso en solfa a Lope y a su libro en unos versos tales, que, porque, no tenían precedentes en nuestro Parnaso, han de tener explicación [...]. ⁹

Seguramente Lope envió una copia manuscrita de su libro o el libro ya impreso en rama para que sus amigos escribieran los textos preliminares con que se compondría el primer pliego.¹⁰ En cuanto a

⁸ Bartolomé José Gallardo, vol. I, Col. 285.

⁹ Rodríguez Marín, *op. cit.*, pp. 163-164.

¹⁰ Como dato marginal que muestra los vergonzosos baches donde a veces caía el buen Lope, entre los sonetos preliminares se encuentra el que empieza «Mientras a un dulce epitalamio templo», escrito por Camila Lucinda, nombre poético de la actriz analfabeta Micaela de Luján, amante del Fénix. Apenas unos días antes de estos hechos, el domingo 19 de octubre de 1603, Hernando de Soria Galvarro, poeta y sacerdote sevillano (quien también había incluido un soneto en los preliminares de *El peregrino en su patria*) bautizó a Félix, el hijo de Lope y Micaela, aunque en la partida apareció como hijo de Diego Díaz, el marido de la actriz, quien vivía en América.

los versos de la décima, no necesitan ninguna explicación como quiere Rodríguez Marín porque los concedores de la poesía aurisecular española y en especial los lectores del *Quijote* que han puesto atención a los versos laudatorios de la primera parte, donde están insertos el controvertido texto de Urganda, La Desconocida («Si de llegarse a los bue—») y las dos décimas del poeta entreverado a Sancho Panza y Rocinante («Soy Sancho Panza, escude—» y «Soy Rocinante, el famo—») no les resulta para nada difícil reponer la sílaba omitida en el recurso satírico-burlesco que supuestamente se estrenó en esta décima contra el Fénix.

De tal jerigonza echó mano contra Lope de Vega nuestro Alonsillo, quien, «para extremar las burlas y darles mayor escozor, inventó una jamás oída manera de versos, los de cabo roto», añadiendo «a la lira de Apolo una nueva y extravagante cuerda, que no se desdeñaron en puntear ni el inmortal fantaseador de las décimas de Urganda la Desconocida, ni su émulo voluntario Lope de Vega, ni el leonés, religioso dominico, Fr. Andrés Pérez... En 1603, y en una décima de cabo roto, que fue lo primero que hizo en este nuevo género de poesía, ridiculizó Alonso Álvarez el haber sometido Lope de Vega su libro de *El Peregrino* a la censura de D. Juan de Arguijo, buscando mentidos y forzados elogios, que no advertencia ni enseñanza». Porque, a decir verdad, este endeble libro no es de Lope, y cuenta que empleo, aunque negativamente, la expresión que el vulgo llegó a encarcerar el mérito de todo lo bueno y sobresaliente en su clase, hasta el de las frutas y hortalizas [...].¹¹

Son varias las pistas que se deben despejar en estas palabras escritas por el insigne cervantista Francisco Rodríguez Marín hace ya más de ciento veinte años. La primera es que Alonso Álvarez de Soria no pudo haber conocido el soneto laudatorio que Juan de Arguijo compuso para *El Peregrino* porque

¹¹ Rodríguez Marín, *op. cit.*, pp. 166-167. Fray Andrés Pérez es Francisco de Úbeda, el autor de *La pícaro Justina*, que insertó varios textos de cabo roto en su novela y que son verdaderos diálogos con el Quijote.

el libro se publicó en marzo de 1604 (la tasa es del 27 febrero). En su soneto, Arguijo resalta la vena épica de Lope al emularlo con Homero y Virgilio cantando con la lira de Apolo (peregrino en Anfriso). El legendario poeta sevillano fue mecenas de Lope —como lo fue de muchos otros artistas mientras tuvo dinero— y el Fénix ya le había dedicado *La hermosura de Angélica* (1602),¹² le estaba dedicando también sus *Rimas* (Clemente Hidalgo, 1604) y pensaba dedicarle lo que consideraba su máxima creación en la poesía épica y ya andaba anunciando desde antes de 1604, aunque salió hasta 1609, impresa en Madrid por Juan de la Cuesta: *la Jerusalén conquistada*. Con este desconocimiento de Álvarez de Soria se puede concluir simplemente que fraguó la décima de cabo roto antes de febrero de 1604, estando en la cárcel y muy cerca de su ejecución, con el solo propósito de hacer una facecia sin tomar en cuenta el posible sentir de Arguijo, y con este hecho, confirmó su aversión por Lope.¹³

La inquina que Alonso Álvarez le tenía al Fénix no era algo nuevo y seguramente era un sentimiento que compartía con otros poetas sevillanos o residentes en la Babilonia española. Hacia finales de 1600 o principios de 1601, cuando Lope, para sorpresa de todo el mundo, dejó el servicio del Marqués de Sarria, se trasladó a Sevilla y se hospedó en la casa del inquisidor Miguel de Carpio (su tío) y de la poeta Ángela Vernegali. Siempre se ha creído que Lope, picado de celos, seguía la trashumancia de Micaela de Luján, pero no es imposible que anduviera tras los pasos de alguna otra dama cuya identidad se mantiene incógnita. Anduvo por Andalucía, se sabe que pasó por Granada donde

¹² La edición de 1602 (Sevilla, Clemente Hidalgo) y la de Barcelona (Miguel Menescal, 1604) mantienen la dedicatoria a Juan de Arguijo.

¹³ Otra pista —que por ahora no nos interesa— se refiere a la ubicación de Lope en los meses comprendidos entre noviembre de 1603 y marzo de 1604. Es una de las grandes incógnitas en su biografía porque en esos años justamente andaba tras las huellas de una Lucinda que no se ha podido identificar y que indudablemente no es Camila Lucinda (Micaela de Luján), a pesar de que algunas veces alude a ella con el solo nombre de Lucinda, como parece ser el caso de la dama que le expresa sus celos en una octava («Subís fuerte a los cielos...») inserta en las preliminares de *La hermosura de Angélica*.

se hospedó con su amante en la casa de Álvaro de Guzmán, hasta que en julio de 1604 consiguió terminar con la errancia y establecer a Micaela de Luján con sus hijos en Toledo, donde alquiló una casa en la feligresía de San Lorenzo y, poco después, ya en agosto, fue a avecindarse con su mujer legítima, Juana de Guardo, en el callejón de San Justo, también en la Ciudad Imperial. El caso es que, como dice Antonio Alatorre

En los primeros años del siglo XVII hizo Lope de Vega dos o tres viajes a Sevilla, donde era muy agasajado por el poeta Juan de Arguijo, hombre muy rico en esos años. En cambio, otros poetas sevillanos o residentes en Sevilla, como Cervantes, Juan de Ochoa y Alonso Álvarez de Soria, eran unos pobres diablos a quienes el madrileño Lope miraba por encima del hombro y que, por consiguiente, lo detestaban.¹⁴

Y de este sentimiento colectivo (que no se reducía solamente a los poetas mencionados por Alatorre) salió el soneto atribuido a Alonso Álvarez y que fue muy celebrado por la comunidad sevillana:

Lope dicen que vino. —No es posible.
¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
No lo puedo creer. — ¡Por Jesucristo,
¡Que no os miento! —Callad, que es imposible.

—¡Por el hijo de Dios, que sois terrible!
—Digo que es chanza. — Andad, que voto a
Cristo
que entró por Macarena. — ¿Quién lo ha visto?
—Yo lo vide. — No hay tal, que es invisible.

¿Invisible, Martín?— Eso es engaño,
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz

—¿Es grande? —Sí, será de mi tamaño,
—Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
Cágame en vos, en él y en sus poesías.¹⁵

¹⁴ Antonio Alatorre, Cuatro ensayos sobre arte poética, p. 350.

¹⁵ Con una observación que ya había hecho Emilio Cotarelo y Mori («La descendencia de Lope de Vega», pp. 39-40) al desmentir la posible autoría de Cervantes, Rodríguez Marín expone las razones para atribuir el soneto a Álvarez de Soria. Cfr. *El*

Este soneto refleja el ambiente sevillano que rodeaba a Lope y explica la causa de que los versos de cabo roto más famosos hayan sido enderezados contra él unos años después. A finales de 1604, cuando Cervantes fraguó la idea de escribir él mismo los textos laudatorios que insertaría en el primer pliego del *Quijote*, hizo una parodia evidente de la costumbre que predominó en aquellos siglos y que Lope llevó a extremos hilarantes en el Peregrino al incluir en las preliminares un soneto de Micaela de Luján, hermosa actriz (madre de al menos tres de sus hijos) cuyo analfabetismo era bien conocido.¹⁶ Entre los textos que Cervantes compuso, está la tirada de décimas que Urganda, La Desconocida, le dirigió al libro de don *Quijote* y que aparentemente aluden en un punto al Lope que estampó en *La Arcadia* (1598) su retrato con un escudo de los Carpio:

No indiscretos hieroglí—
estampes en el escu—,
que, cuando es todo figu—
con ruines puntos se envi—.
Si en la dirección te humi—,
no dirá mofante algu—:
¡Qué don Álvaro de Lu—,
qué Anibal el de Carta—,
qué rey Francisco en Espa—
se queja de la Fortu—!

La pretensión de Lope fue una verdadera inocentada que le costó las más sangrientas mofas, entre las que destaca el soneto gongorino «Por tu vida, Lopillo, que me borres/ las diecinueve torres del escudo...», donde el Cordobés no solo censuraba sus ínfulas nobiliarias, sino traía a cuento el matrimonio que Lope había logrado con Juana de Guardo, la hija de un carnicero acaudalado, y lo humillaba con un contundente terceto que puso en evidencia los intereses de un Lope calculador y perverso:¹⁷

Loaysa op. cit., pp. 162-163. También hubo respuestas del bando contrario escritas en favor de Lope: «¿Quién es este pastor que de Castilla/ al sacro Betis muda ovejas,/ esparciendo a los aires tristes quejas/ en busca de su ausente pastorcilla? ... Si del Tibre descende será el Tasso; Sannazaro si baja del Seбето, / y si del Manzanares viene, es Vega».

¹⁶ Lo había hecho también en *La hermosura de Angélica* (1602).

¹⁷ Aunque los principales estudiosos siguen señalando que Lope

No fabrique más torres sobre arena,
si no es que ya, segunda vez casado,
nos quiere hacer torres los torreznos.

Arellano y Mata¹⁸ recuerdan parte de una décima atribuida también a Góngora y algunas veces a Quevedo, que alude despiadadamente a este matrimonio. La décima debió ser escrita más de una década después porque hace referencia a dos empleos que Lope desempeñaría más tarde:

Quando fue representante,
primeras damas hacía,
pasóse a la poesía
por mejorar lo bergante.
Fue paje, poco estudiante.
Sempiterno amancebado,
casó con carne y pescado;
fue familiar y fiscal,
y fue viudo de arrabal:
y sin orden, ordenado.¹⁹

Como ha demostrado Marcel Bataillon en un erudito artículo, la décima de Urganda no está dirigida contra Lope ni se refiere al retrato tímidamente heráldico que estampó en *La Arcadia* y en otras obras, sino a Francisco de Úbeda, quien imprimió el escudo de armas de Rodrigo Calderón en la portada de la primera edición de *La pícaro Justina* (Medina del Campo, Cristóbal Lasso Vaca, 1605) y agregó una página de elogios exaltando la genealogía del privado. El tema que tocó Cervantes es delicado porque ni el retrato ni los encomios se volvieron a imprimir en las siguientes ediciones de la novela.²⁰ Así que estos versos de pie quebrado deberán descontarse de los denuestos que en este género le

se casó por interés con la hija de Antonio de Guardo, y todos los indicios apuntan en esa dirección, hoy se sabe que Lope nunca cobró la dote, un hecho que pudo deberse a las evasivas de su suegro para pagarla.

¹⁸ Ignacio Arellano y Carlos Mata, *Vida y obra de Lope de Vega*, pp. 83-84.

¹⁹ Cotarelo y Mori, *op. cit.*, p. 22.

²⁰ Marcel Bataillon, «Urganda entre don Quijote y la pícaro Justina», pp. 268-299. Para una referencia rápida, *cfr.*, Herrera, *op. cit.*, pp. 253-256.

hicieron a Lope de Vega, no así la mayor de todas las piezas que se escribieron con la punzante ocurrencia de Alonso Álvarez de Soria, el soneto generalmente atribuido a Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el sone—
de versos de Ariosto y Garcilá—,²¹
y la Biblia no tomes en la má—,
pues nunca de la Biblia dices le—.

También me borrarás la Dragonté—,
y un librillo que llaman del Arcá—,
con todo el comediaje y Epitá—,
y por ser mora, quemarás a Angé—.

Sabe Dios mi intención con San Isí—:
mas puesto se me va por lo devó—,
bórrame en su lugar el Peregrí—;

y en cuatro lenguas no me escribas có—,²²
que supuesto que escribes boberí—,
lo vendrán a entender cuatro nació—;

ni acabes de escribir la Jerusá—:
bástale a la cuitada su trabá—.²³

No parece difícil ubicar temporalmente el soneto. Por el estrambote sabemos que Lope no había terminado aún de escribir la *Jerusalén conquistada*, y por las demás alusiones se deduce que el autor del soneto se encontraba a mediados de 1604, posiblemente en la misma Sevilla o en una ciudad andaluza muy próxima, que además el autor era aficionado a burlarse de Lope. Por el conocimiento que tenía de la obra lopesca, por su técnica excelente para versificar, por la gracia que despliega su sátira, pero, sobre todo, por su evidente temor a que Lope «se alzara con la monarquía de la poesía culta», como

²¹ «De versos de Ariosto...» se refiere al soneto CXII de las *Rimas* (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604); es un centón cuyo epígrafe dice: «de versos diferentes, tomados de Horacio, Ariosto, Petrarca, Camoes, Taso, el Serafino, Boscán y Garcilaso», p. 56v.

²² «Y en cuatro lenguas no me escribas co—»: alude al soneto CXCIV de las *Rimas*, que lleva por epígrafe «Al casamiento del duque de Saboya, y doña Caterina de Austria, infanta de España, en cuatro lenguas», *Rimas*, p. 99.

²³ El soneto fue dato a conocer por Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, p. 170.

ya lo había hecho con los géneros populares, podemos entender que solo hay dos posibles candidatos para suscribir el soneto: Góngora y Cervantes.

Era obvio que Lope tenía un enorme interés por conquistar a los lectores de poesía culta y andaba trabajando en ello desde la época en que Felipe II prohibió las funciones teatrales a raíz de la muerte de su hija Catalina Micaela de Saboya a finales de 1597. La prohibición se extendió por la muerte del rey en septiembre de 1598 y el luto se mantuvo hasta principios de 1599, cuando se realizaron las dobles bodas de Felipe III con la archiduquesa Margarita de Austria, y de la infanta Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto. Durante este largo periodo, el Fénix debió acogerse a la protección de los nobles que lo tuvieron a su servicio, el marqués de Malpica primero y el marqués de Sarria (futuro conde de Lemos) después. Pero los indicios de su interés por la poesía épica no solamente se hallan en *La Dragontea* (Valencia, Pedro Patricio Mey, 1598) o el *Isidro* (Madrid, Luis Sánchez, 1599), que podrían considerarse como fuentes directas de ese interés, se hallan también en otros textos que compuso el Fénix y están completamente vinculados a la épica. El más notable es un soneto que escribió para el primer pliego de *El peregrino indiano* (Madrid, Pedro Madrigal, 1599) del mexicano Antonio de Saavedra y Guzmán. El enorme texto (veinte cantos), que narra las hazañas de Hernán Cortés, lleva la aprobación fechada en enero de 1598, pero salió hasta el año siguiente porque el autor había dedicado su libro a Felipe II y fue menester cambiar la dedicatoria para Felipe III. El soneto de Lope es ingenioso, aunque convencional, sin embargo, lo importante es que prueba la temida afición por la épica que preocupó tanto a Cervantes y a Góngora:

Un gran Cortés, y un grande cortesano
Autores son de esta famosa historia,
Si Cortés con la espada alcanza gloria,
Vos con la pluma, ingenio soberano.

Si él vence al indio, debe a vuestra mano
Que no venza el olvido su memoria,
Y así fue de los dos esta victoria,
Que si es César Cortés, vos sois Lucano.

Cortesés soís los dos, que al cristianismo
Daís vos su frente de laurel cercada,
Y él vuestra Musa Bellica²⁴ española:

Y aún más Cortés soís vos si haceis lo mismo
Que Cortés, con el corte de la espada,
Siéndolo tanto con la pluma sola.²⁵

Los versos de cabo roto endilgados a Góngora no tienen desperdicio. La conclusión es impecable: «No escribas, Lope, en cuatro lenguas, pues, dado que escribes boberías en español, los hablantes de esas lenguas también se percatarán de tu estulticia». Lo curioso es el origen de la atribución. Porque no se han encontrado más versos de Góngora con esa técnica. Además, Juan Antonio Pellicer y Saforcada, el investigador que dio a conocer el soneto en el siglo XVIII, no se lo adjudicó a Góngora, sino a Cervantes:

Y no contentándose nuestro escritor con censurar solamente sus comedias en la Vida de Don Quixote, significó la ninguna estimación que le merecían todas sus demás obras en un soneto inédito, el qual, como también la respuesta de Lope igualmente inédita publicaremos aquí [...].²⁶

Las ediciones modernas de la obra gongorina ya excluyeron el soneto del corpus,²⁷ y algunos autores, como Antonio Alatorre,²⁸ creen que el texto tiene mayores posibilidades de haber sido escrito por Cervantes. El estrambote final es más propio del sarcástico don Miguel y recuerda —aunque remotamente— el estrambote de su famoso soneto sobre el tûmulo de Felipe II en Sevilla («¡Voto a

Dios que me espanta esta grandeza...»), pero quizá el argumento más contundente se encuentre en la respuesta que Pellicer creyó de Lope. Por la calidad de los versos, seguramente no fue Lope el que respondió, pero uno de sus acólitos tomó en sus manos la estafeta y dejó ver el tremendo enojo que produjo en las huestes del Fénix y manifestó que la identidad del mordaz autor del baldón era conocida por ellos:

Pues nunca de la Biblia digo le—,
ni sé si eres Cervantes, co, ni cú—,
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza, y puerco en pie.

Para que no escribieses orden fue
del cielo, que mancases en Corfú,²⁹
hablaste buey; pero dijiste mú.
O mala quixotada que te dé!

Honra a Lope, potrilla, o guay de ti!
Que es sol, y si se enoja lloverá.
Y ese tu Don Quixote baladí

de culo en culo por el mundo va
vendiendo especias, y azafrán romí,³⁰
y al fin en muladares parará.³¹

El soneto abre la posibilidad de situar la sátira de cabo roto escrita contra Lope si se considera que la edición de Juan de la Cuesta en enero de 1605 fue realmente la primera impresión del Quijote. El único argumento posible para eximir a Cervantes de la imputación que hizo el indignado paje lopesco está en la historia que el mismo Manco de Lepanto cuenta en la «Adjunta al Parnaso» y que, escrita en 1614, se remonta a un hecho ocurrido nueve años atrás:

Estando yo en Valladolid llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte: recibíola y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella

²⁴ «Musa Bellica», es decir «Musa guerrera».

²⁵ Lope juega con la «unisonancia» (así llamaba Juan Caramuel en su *Rhytmica*, 1665, a la polisemia de un vocablo) del apellido «Cortés». Saavedra, «grande cortesano», es más Cortés que Cortés porque con su pluma sola hizo más que Cortés con el corte de su espada.

²⁶ Pellicer y Saforcada. *op. cit.*, pp. 169-170.

²⁷ Por ejemplo, la extraordinaria edición de los sonetos que hizo Juan Matas Caballero (Madrid, Cátedra, 2019).

²⁸ Alatorre, *op. cit.*, p. 355.

²⁹ «Corfú». Cervantes se enorgulleció de haber perdido la movilidad de su brazo izquierdo en la batalla de Lepanto. En el soneto se detalla que fue en Corfú, una isla griega que en aquellos años estaba ocupada militarmente por los venecianos.

³⁰ «Romí». Palabra de origen árabe para designar a los cristianos.

³¹ Pellicer y Saforcada, *op. cit.*, pp. 170-171.

le pagara; pero diome por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos, que las de amigos avisan y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de Don Quijote; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte [...].³²

Cervantes parece ignorar deliberadamente la lite que llevaba el soneto en su contra y se concretó a dolerse del real perdido en pagar el porte de una carta inútil. Esta anécdota solo deja dudas y no puede ser prueba de su inocencia conociendo —como se conoce— la afición del alcalaíno por la ironía que desplegó especialmente al final de su vida. El insulto contra su libro no pudo ser más degradante: el *Quijote* era un libro baladí que, deshojado, después de servir como papel de envolver las especias que se venden en las tiendas de los conversos, andaba de culo en culo como papel higiénico que acabaría en los muladares.

La segunda parte del *Quijote* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615) contiene más denuestos contra Lope, pero ya no había en ellos el temor a que el madrileño se alzara con el imperio de la poesía culta. Góngora ya había puesto la bandera en la cumbre con el *Polifemo* y la primera *Soledad* y preparaba su mudanza para la Corte. En 1615 Lope se había «ordenado a la desorden suya» y andaba en Ávila buscando una capellanía, cediendo a las tentaciones de Lucía de Salcedo, trabajando para el duque de Sessa y escribiendo, ya sin pretensiones, sus gustadas piezas teatrales. El sangriento soneto con versos de cabo roto se había vuelto lapidario y quedaba esculpido en los recuerdos de las guerras literarias que han existido en todos los tiempos.

Fuentes

Alatorre, Antonio, *Cuatro ensayos sobre arte poética*, El Colegio de México, México D. F., 2007. Arellano, Ignacio y Carlos Mata, *Vida y obra de Lope de Vega*, Homo Legens, Madrid, 2011. Bataillon, Marcel, «Urganda entre don Quijote y la pícaro Justina», en *Varia lección de clásicos españoles*, Gredos, Madrid, 1964. Cervantes, Miguel de, «Adjunta al Parnaso», en *Viaje al Parnaso*, Viuda de Alonso Martín, Madrid, 1614. pp. 74-74v. Cotarelo y Mori, Emilio, «La descendencia de Lope de Vega», en *Boletín de la Real Academia Española*, Tipografía de la Rev. de arch., bibliotecas y museos, Madrid, 1915. pp. 21-46. Gallardo, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneira, Madrid, 1863. Herrera, Arnulfo, «En torno a una letrilla satírica de Góngora», en *Romance notes*, 59-2, The University of North Carolina at Chapel Hill, 2019, pp. 247-258. Pellicer y Saforcada, Juan Antonio, *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*, Antonio de la Sancha, Madrid. Rico García, José Manuel, «Algunas incógnitas, precisiones e incertidumbres sobre la vida y muerte de Alonso Álvarez de Soria», en *La Perinola. Revista anual de investigación quevediana*, núm. 22, Universidad de Navarra, 2018. Rodríguez Marín, Francisco, *El Loaysa de «El celoso extremeño»*, Francisco de P. Díaz, Sevilla, 1901.

³² Cervantes, *Viaje al Parnaso*, pp. 74-74v.